FECUNDIDAD Y COMUNIÓN

D o n b o s c o . e s
INSTITUTO HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA
Fundado por San Juan Bosco
y por Santa María Dominica Mazzarello

N.
852

Fecundidad de una existencia transfigurada en la comunión

Los encuentros con vosotras, queridas hermanas, en estos últimos meses han tenido
como fondo los *misterios de la luz*, propuestos en la carta apostólica *Rosarium Virginis*
Mariae con la que Juan Pablo II anunciaba el año del rosario (Octubre 2002 - Octubre
2003).
Con esta circular concluyo el ciclo de reflexiones sobre tales misterios. La óptica de la
comunión, indicada por el CG XXI como *visión*, ilumina también las consideraciones
que ahora comparto.
Si el bautismo introduce oficialmente a Jesús en el testimonio y el anuncio del Reino,
la transfiguración es anticipo de la plenitud del Reino.
La especial vocación de la vida consagrada para buscar ante todo el Reino de Dios
conlleva la existencia profunda de conversión y de santidad. “Llamados a contemplar y
testimoniar el rostro transfigurado de Cristo, los consagrados son llamados también a
una existencia *transfigurada*” (*VC* 35), que expresa la belleza pascual y la fecundidad
de una vida vivida en comunión, totalmente al servicio de la misión.

María, criatura transfigurada por la Pascua de Jesús, nos ayuda a contemplar este
misterio de la vida del Hijo, nos acompaña por los caminos de la escucha de su
palabra para ser transformadas a su imagen.

La transfiguración de Jesús (*Mt* 17, 1-9)

Jesús está en un momento decisivo de su vida. Ha revelado con las palabras y con las
obras el amor del Padre. Ha llevado a sus discípulos a la profesión de fe y ahora
anuncia su pasión, muerte y resurrección, manifiesta su programa de viaje hacia
Jerusalén, en dirección a la cruz. Los discípulos están turbados. Hace poco que han
descubierto la identidad de Jesús: Él es el Mesías esperado, el Hijo de Dios vivo.
¿Cómo es posible aceptar el camino hacia la cruz, que aparece como el fracaso de
su misión? En este contexto de miedo y de duda Jesús introduce una pausa luminosa
que ayuda a superar el escándalo de la cruz, permitiendo gustar un anticipo de
resurrección. Hace resplandecer un destello de la luz futura para animar a los
discípulos a acoger la prueba inminente.
La transfiguración manifiesta el misterio de la comunión trinitaria oculto en la *nube*
luminosa que envuelve a los presentes, y en la *voz* que declara: “Este es mi Hijo
amado: *escuchadlo”* (*Mt* 17, 5)
En la interpretación de los Padres la nube es la señal visible de la presencia del
Espíritu Santo. La misma luz que irradia Cristo, es la manifestación del espíritu Santo
que habita su humanidad en diálogo con el Padre.
Como los apóstoles en el Tabor, estamos llamadas a fijar la mirada en el rostro

transfigurado de Jesús. Al contemplarlo, nos vamos transformando en su misma
imagen (cf *2 Co* 3,18). Si lo buscamos de verdad, el Espíritu nos lleva a la

comprensión de sus sentimientos y actitudes. Nos hace comprender que no basta con
manifestar que queremos seguirle: se precisa una segunda conversión, que se realiza
día tras día con adhesión a su exigente, alguna vez crucificante, proyecto de amor.
Dispongámonos a los éxodos que nos exige el seguimiento de Jesús, capaces de
dejar todo lo que quiere retenernos en las redes de nuestros pequeños cálculos, en la
visión de nuestro estrecho horizonte.
Desde la nube el Padre hace oír su voz: “Este es mi Hijo amado en quien me
complazco: escuchadle” (*Mt* 17,5). Jesús aparece aquí como la nueva y plena
autorevelación de Dios. Él es más que los profetas, más que la ley. El Padre muestra
en Él a su enviado definitivo y pide que se le obedezca. Escuchando su palabra
entramos en comunión con la Trinidad: acogemos la nueva visión que el Padre quiere
comunicarnos, nos abrimos a la acción del Espíritu.
Como discípulas que hemos optado por seguir a Cristo con radicalidad, forma parte de
nuestra identidad el ser mujeres de escucha (cf *C* 39). Pero hemos de crear las
condiciones para que tal escucha, que el CG XXI ha elegido como imagen
emblemática, pueda realizarse. La montaña expresa el lugar simbólico de la

proximidad con Dios, indica la necesidad de distanciarse interiormente del ritmo
cotidiano que intenta arrastrarnos, de los afanes y de la agitación que a veces
caracterizan nuestra existencia. Necesitamos vivir algunos momentos *separadas de*
los demás y, en la calma de la oración, encontrarnos con nosotras mismas, percibir la
voz que nos interpela, presentar al Señor nuestra disponibilidad.
El evangelio nos dice que el rostro de Jesús se vuelve resplandeciente como el sol,
sus vestiduras blancas como la nieve: en aquel momento refulge en su rostro la
belleza de la Trinidad.
Si ascendemos al monte del encuentro con el Señor con corazón libre y disponible, el
Padre nos reserva también a nosotras, el don de entrar en la comunión trinitaria, de
revestirnos de la belleza de aquel que contemplamos transfigurado. Esta
contemplación nos lleva a reconocer la presencia de Jesús en las hermanas y en los
jóvenes, en tantos rostros desfigurados que encontramos en nuestro camino.

Es bueno estarnos aquí

La experiencia del Tabor es tan arrebatadora que hace exclamar a Pedro: “Es bueno
estarnos aquí. Si quieres, haré aquí tres tiendas...” (*Mt* 17,4). El contexto de la
afirmación permite intuir que la belleza experimentada por los apóstoles es la de un
Dios que se revela como amor, comunión de personas. El evangelista Lucas (9,29-31)
relata el argumento de la conversación de Jesús con Moisés y Elías: el viaje a
Jerusalén, su pasión. Deja entender así el lugar de la plena revelación de la Trinidad:

el acontecimiento pascual, manifestación suprema del amor que salva. La belleza es
por consiguiente la del amor crucificado, el sufrimiento se sitúa en el centro mismo del
misterio de la transfiguración y la gloria de Jesús es inseparable de la cruz.
Manifestación de la comunión trinitaria, la belleza crea a su vez comunión cuando
encuentra personas dispuestas a dejarse transformar por la Pascua de Jesús. Acogida
en el corazón, tal belleza es un inesperado don de infinita ternura, luz que transfigura
nuestra opacidad de criaturas haciéndonos signo de la vida divina, gozo profundo que
conoce el dolor y el escándalo de la cruz.

Cuesta aceptar que la sabiduría de Dios se manifieste en la ignorancia de la cruz. Los
apóstoles aceptados por Jesús a compartir su intimidad quisieron retener la belleza
en el momento de su expresión gloriosa: *hagamos aquí tres tiendas*. Pero Jesús les
dice: “Levantaos; no tengáis miedo” (*Mt* 17,7)
Retener la belleza no es sólo la tentación de Pedro y de sus compañeros. Tal vez
nosotras deseamos también fijar una experiencia espiritual que nos deslumbra, vamos
en busca de nuevas emociones que satisfacen en el momento sin transformarnos en
profundidad, sin cambiar nuestra mentalidad. La belleza que salva lleva por el
contrario el sello del misterio pascual: experimentarlo conlleva, más que nuestra
iniciativa siempre en búsqueda de nuevas oportunidades, el dejarnos amar por Dios

entregándonos a Él para que nos inunde de su presencia y nos disponga a acoger su
proyecto de comunión.
Si hemos estado en el Tabor y hemos contemplado el rostro pascual de Jesús,
descubrimos, poco a poco nuestro verdadero rostro, nuestra identidad: una existencia
que se transfigura por el amor y por la comunión y por lo mismo es fecunda.
La belleza que hemos experimentado nos exige compartir gratuitamente cuanto hemos
recibido, nos hace anunciadoras del don de Dios. Así ha sido para nuestros santos.
Pensemos en don Bosco, en María Dominica, en tantas hermanas, a veces sin
instrucción o especiales cualidades humanas, pero capaces de comunicar el encanto
de una presencia que invita a la comunión. Han vivido y presentado la exigente
sencillez del camino evangélico recorrido por Jesús, el del amor crucificado. María
Dominica señalaba este camino indicando, con gesto elocuente, nuestro lugar en la
cruz junto a Jesús.
La vida consagrada manifiesta la belleza del misterio pascual cuando responde a su
misión profética de anticipar el cumplimiento del Reino (cf *VC*, 16)
El Rector Mayor en su última carta a los Salesianos nos recuerda con insistencia esta
misión: “Si nuestra vida no anticipa nada mejor, no anuncia, ni denuncia, ¿para qué
sirve?” (*ACG* n. 382). Es una llamada, queridas hermanas, por la que nos hemos de
dejar interpelar. La respuesta está en el compromiso de vivir nuestra vocación como
una realidad hermosa y atractiva, en hacerla visible no por afán de protagonismo, sino

para manifestar la fecundidad, también a nivel social, de las bienaventuranzas
evangélicas vividas radicalmente.

Comunión más allá del tiempo

El icono de la transfiguración está con frecuencia representado con Moisés y Elías
profundamente inclinados sobre Jesús. Tal representación es una invitación a
identificarse con su actitud de adoración y a reconocer a Jesús como Señor de la
historia. Ésta converge hacia Él, y está orientada hacia la victoria final de Dios, de la
cual la resurrección del Crucificado es anticipo y promesa. En el misterio de la
transfiguración el presente aparece iluminado por el pasado y por el futuro y la historia
proyectada hacia su sentido último, en la dimensión del *más allá*, donde tendrá
cumplimiento el Reino de Dios y Cristo estará finalmente todo en todos.

La contemplación de este misterio compromete a compartir el sueño de comunión de
Dios, que abarca el universo y la historia, a vivir la dimensión mística dejándonos
sorprender por el esplendor del rostro de Cristo, a valorar cualquier fragmento de
verdad y belleza convirtiéndonos así en signo de los bienes eternos, ya presentes en
este mundo (cf *C* 8)

La dimensión de lo eterno no quita fuerza al compromiso cotidiano, sino que lo
cualifica. Si subimos a la montaña de la contemplación no es para sustraernos a las
responsabilidades que la vida conlleva, sino para penetrar en la luz de Dios y volver a

los compromisos cotidianos purificadas del miedo y del orgullo, de la indiferencia y de
la indolencia, totalmente dispuestas a realizar el plan de salvación del Padre.
Sin la búsqueda diaria del rostro de Jesús en la oración, en la Eucaristía, en la cruz
llevada con amor, en las hermanas y en los jóvenes confiados a nuestros cuidados,
fácilmente se cae en la mediocridad y aburguesamiento, prevalecen los proyectos e
intereses individuales sobre los comunitarios. El horizonte de la comunión se restringe,
la misión no se siente ya como urgencia, la visión del *más allá* se atenúa. La fe
entonces se debilita, el amor palidece, la esperanza se desvanece. No representamos
ya para el mundo aquella llamada escatológica de la cual debemos ser signos,
mientras colaboramos en la Iglesia para la llegada del Reino (cf *C* 8).
La pasión por el Reino ha alimentado el ímpetu apostólico de muchas hermanas,
incluso de aquellas que han desarrollado un trabajo no directamente implicado en la
misión entre las y los jóvenes. Se trata de hermanas enamoradas de Cristo, capaces
de *estar* con Él, de hacer resplandecer su vida en la propia existencia. Más que
plantar tiendas en el monte, han cultivado el propio corazón como morada de Dios y
han permanecido en ella (cf *PF* 33; 59). Sor Eusebia Palomino había transformado el
lugar de su trabajo, la cocina, en Tabor y altar. Totalmente inmersa en lo que hacía,
pero con la mirada dirigida más allá de lo inmediato: éste era el secreto de su contacto
tan humano y transformante con la gente, con la que mantenía una relación que no se

quedaba en ella, sino que invitaba a mirar en la misma dirección, la del Reino presente
y que viene.
Somos conscientes de que todas tenemos un deber en el proyecto de Dios, cualquiera
que sea el trabajo o actividad que desarrollemos. Todas somos colaboradoras en la
misión, confiada no a cada persona en particular, sino a la Iglesia y, en ella, al
Instituto (cf *C* 1). Esta convicción, que ha mantenido en el tiempo el anhelo de santidad
en nuestra Familia, está viva y fecunda todavía hoy. En mis visitas recojo historias de
FMA que hablan de existencias transfiguradas y gozosas por la cotidiana experiencia
del amor preveniente y misericordioso de Dios. Son hermanas que viven con
transparencia la vocación salesiana, a menudo en lo escondido; hermanas y
comunidades que acogen la llamada en lugares de frontera donde hay que dejar las
seguridades de lo ya conocido para hacerse disponibles sin condiciones para una
misión que conlleva precariedad y riesgo. La irradiación que emana de ellas
permanece más allá del tiempo y del espacio en la memoria de Dios y de la gente,
incluso de quien no las ha conocido personalmente.
Cada una de nosotras, si vive en comunión, deja una huella en la realización del
proyecto de Dios. Lo importante es dejarse envolver en el amor de Jesús, porque todo
lo que está tocado por su presencia se reviste de belleza, es profecía de esperanza.
Hasta los pies de los mensajeros son hermosos, cuando, en su nombre, frecuentan
caminos de comunión y anuncian la paz (cf *Is* 52, 7)

El mensaje final de la *Confederación Latinoamericana de los Religiosos/as* (CLAR,
Ciudad de Méjico, 3 julio 2003) subraya con determinación la opción por el Dios de la
vida y de la comunión, el Dios-Trinidad, que realiza la sinfonía universal de las
diversas culturas en el diálogo. Esta opción requiere que las personas consagradas
asuman el desafío de conjugar mística y profecía, precisando que no puede darse

experiencia mística sin su expresión profética, ni compromiso profético en lo social sin
su fundamento místico.
En la reciprocidad entre mística y profecía se realiza la unidad vocacional, se revela la
fecundidad de una existencia que el contacto con el Dios-comunión transfigura y
convierte en signo de esperanza para la gente.
El mes de octubre, a punto de concluir, nos ha hecho meditar con particular intensidad
el rosario. En algunas realidades hemos implicado a los jóvenes en la oración mariana,
a veces regalándoles la corona del rosario. El Papa precisa que el significado
simbólico de la corona acrecienta nuestra relación recíproca, ya que representa el
vínculo de comunión y de fraternidad que nos une a todos en Cristo (Cf *RVM* 36). Y
puesto que Cristo es Señor del tiempo, encontramos en Él el vínculo con las hermanas
que nos han precedido en la casa del Paraíso (cf Carta 6) y que ahora gozan sin
interrupción de la visión de su rostro glorioso.
En comunión con ellas y con todas vosotras, os saludo.
Roma, 24 octubre 2003

Affma. Madre

COMUNICACIONES

Nuevas Inspectoras

Inspectoría África Meridional “Ntra. Señora de la Paz”

África

Sor Roberta Tomasi

Inspectoría Colombiana Medellín “Sta María Mazzarello”

América

Sor Marta Cecilia Mejía